843 B



FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVA ... ARIA
U. A. N. L:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA ETAPA

I BIBLIOT OF THE TOTARDA

"ALFOTED TO LES"

"ALFOTED TO LES"

UN ENAMORAMOO. 1625 MONTERREY, MEXICO

La calle de árboles del jardín del Luxemburgo en que Juan Monnerón se babía puesto en acecho, está situada en la parte de aquel vasto paseo que más ha cambiado en estos últimos años, en la esquina de las calles de Assas y de Auguste-Comte. El grupo de construcciones modernas en que están instalados el liceo Montaigne, la escuela Colonial y la de Farmacia, ha modificado y vulgarizado por completo el pintoresco aspecto de aquel rincón de París, ya muy alterado desde el fin del Imperio por la desaparición de la Pépinière. Pero por mucho que lo hayan estrechado y á pesar de la vulgaridad de los edificios nuevos, aquel viejo jardín, dibujado por De Brosse, conserva todavía, aun en sus parajes más desfigurados, yo no sé qué encanto italiano. Parece que la nostalgia de la Toscana, que decidió á María de Médicis á crearlo, flota al rededor de aquellos estanques, de aquellas terrazas y de aquellos mármoles. En esta época de teléfonos y de automóviles, en la que nadie tiene tiempo para nada,

sólo en aquel sitio de Paris se tiene alguna probabilidad. de encontrar un enamorado soñando indefinidamente y de modo que esa ocupación poco moderna parezca natural debajo de aquellos frondosos plátanos y á pocos pasos de aquella fachada almohadillada en la que la desterrada de Florencia quiso encontrar un recuerdo del palacio de Pitti. Los blancos bustos de los poetas que una graciosa fantasía concejalesca ha diseminado por las platabandas, protegen con sus sonrisas indulgentes las perezas sentimentales de los paseantes. estudiantes en su mayoría, que pierden así en locos ensueños las horas debidas á un urgente y árido trabajo. Todo en la actitud y en la fisonomía de Juan Monnerón denunciaba hasta la evidencia las dos condiciones del galán joven legendario del barrio latino, es decir, que era un enamorado y un estudiante. Era aquel día el 1º de noviembre, que caía en jueves, y aunque hacía una mañana muy fresca de otoño, Juan permanecía en el banco de madera en que se había dejado caer, más que sentado, sin hacer caso de la humedad penetrante de la atmósfera. La fiebre de la espera, que hacía relucir sus pupilas obscuras, bastaba para calentar sus miembros, cuya estructura se revelaba como poco espléndida bajo el delgado paño de un gabán de entretiempo muy ajado y que debió comprarse, como las demás prendas del traje, en algún almacén de ropas hechas. Pero si el joven estaba todo lo mal vestido que puede estarlo un muchacho pobre y predispuerto al olvido del mundo exterior por la absorción cerebral, había en cambio en su persona un aire de superioridad que quitaba á su apariencia todo carácter vulgar. Sus gruesas botas no conseguían ocultar la elegancia de los fines pies. Sus manos, delgadas y nerviosas, salían de unos puños desfilachados, pero poseían unos bellos

dedos ágiles de intelectual. Bueno es observar que el joven tenía todos los derechos á ese nombre, que hay que seguir empleando á pesar del abuso que se ha hecho de él, pues es el solo que conviene á cierta especie de hombres, víctimas, unas veces admirables por su nobleza y otras detestables por su arrogancia, de un constante abuso del pensamiento. Juan era hijo de un profesor de retórica del liceo de Luis el Grande y él mismo disfrutaba en la Sorbona una pensión para el estudio de la filosofía. Su sombrero se había ajado de correr de la Facultad á las bibliotecas bajo el sol y los chaparrones, pero cubría una frente ancha y como iluminada por el pensamiento. Aquella cara demacrada acusaba precoces sufrimientos soportados por un temperamento enérgico. El color empobrecido revelaba una existencia estrecha, una mesa medianamente servida. un exceso de esfuerzo mental sin la suficiente reparación física, acaso grandes preocupaciones y dolores morales ocultos. Sin embargo, la humedad de aquellos ojos obscuros, la sana frescura de los labios, la fila intacta de los blancos dientes y el espesor del rizado cabello castaño, indicaban reservas de profunda vitalidad. Aquel joven de desarrollaría con un poco de descanso en la alegría y en el bienestar.

¿ Le sería concedido alguna vez ese descanso? ¿ La suerte le daría ese rayo de felicidad del que tenía una necesidad casi animal?... La melancolía de esa duda sobre su destino estaba retratada en la comisura de sus labios, en los que había entusiasmo y amargura, voluntad y desanimación. Juan Monnerón iba á cumplir veinticinco años, período en el que esos estados contradictorios coexisten naturalmente. El alma del joven está ya bastante castigada por la realidad para comprender que este mundo es, como ha dicho un sabio, « un nego-

cio brutal » y no lo suficiente para ajar la flor de su delicadeza nativa. La conciencia de su fuerza se estremece en él y tiene miedo de las decisiones irreparables. Para emplear una metáfora enteramente contemporánea, sabe que es una cabeza de línea y que su porvenir de dicha ó de desgracia depende de la dirección que se dé à las agujas hacia tales ó cuales vías. Si las incertidumbres de carrera y hasta de convicciones pueden revestir en ese momento de la vida un carácter de violencia casi trágica ¿qué será cuando se trata á la vez de un problema de conciencia y de un problema de corazón? La simple enunciación del problema en que se encontraba Juan hará compender qué tempestad interior le conmovía mientras acechaba con mirada de loca ansiedad la puerta del jardín que estaba enfrente de él. Juan amaba á una joven v se créia amado por ella. Su único, su apasionado deseo, hacía muchos meses, era el de casarse con ella y se estaba preparando á poner él mismo entre los dos un obstáculo irremediable. La había pedido en matrimonio y el padre había puesto á su consentimiento una sola condición á la cual Juan debía dar respuesta en aquella fecha del 1º de noviembre. Si era « sí », los jóvenes estaban prometidos. Y en lugar de eso el estudiante estaba resuelto á responder un « no » que le desgarraba de antemano el corazón. Habiendo adoptado una resolución cuya consecuencia era la renuncia voluntaria de su más dulce experanza, ¿ qué exigía la razón? Que lo prudente era tener aquella conversación de ruptura con el señor Ferrand, que era el nombre del padre de la joven, sin volver á ver á Brígida, que así se llamaba ella. Por una inconsecuencia en la que todos los que han amado reconocerán el gusto innato en los amantes de hacerse daño en el sitio más herido del corazón, como si el

sufrir por el objeto amado fuese todavía una dicha. Juan había ido á apostarse en aquel rincón del jardín, en el que estaba casi seguro de encontrar á la muchacha. Había calculado que en aquel día, vispera del de los difuntos, el padre y la hija debían de haber ido al cementerio de Montparnasse á visitar la sepultura de la madre de Brígida. El señor Ferrand tenía otra hija casada con un oficial y que vivía en la calle de Notre-Dame-des-Champs, y esa hija habria sin duda ido al cementerio con su padre y su hermana, los cuales era probable que la acompañasen á su casa, en cuyo caso, para ir á la calle de Tournón, donde habitaban, tenían que pasar seguramente por el Luxemburgo. Por eso Juan estaba allí hacía más de una hora torturándose de impaciencia y de desesperación, repitiéndose que era insensato espiar así la aparición de aquella con quien le estaba prohibido casarse, demostrandose que no podiá, que no debiá, en efecto, casarse con ella bajo la condición impuesta por el padre, deseando que la joven no hubiese ido al cementerio ó volvíese por otro camino, y exclamando ante cada silueta de mujer que desembocaba por la calle Bara : « Es ella » ó « no es ella » con grandes latidos del corazón. Todas las cosas á su alrededor se armonizaban con la melancolía apasionada de que se sentía más y más invadido á medida que transcurrían los minutos. El cielo estaba velado y como tendido de nieve, con grandes nubarrones negros que corrían sobre aquel fondo grisáceo empujados por un rudo viento que arrancaba á los plátanos grandes cantidades de hojas secas y las dispersaba por el musgo abrasado por el último estío y por la precoz helada. Los geranios que bordeaban las platabandas agitaban sus últimas flores todavía rojas, pero retorcidas y ajadas. Y Juan no veía más que transeuntes que andaban

de prisa á causa del frío, vestidos casi todos de telas obscuras y que iban también al cementerio ó volvían de él. Todo contribuía á anonadar al enamorado en aquella fúnebre decoración de principio de otoño. ¿Cómo no había de comparar su angustia presente con la felicidad que le hubiera inundado, bajo esos mismos árboles de hojas amarillentas y ante aquel áspero cielo, si hubiera querido, si quisiera, puesto que aún no había pronunciado el « no » fatal? En ciertos momentos apoyaba la mano en la frente con un ademán de despecho y repetia en alta voz una sencilla frase, siempre la misma, la frase de un hombre que opone la energía de su voluntad ó una irresistible tantación :

- No. No puedo. No puedo...

Para evitar todo error y caracterizar en seguida el drama íntimo en el que la respuesta de Juan al padre de Brigida iba á ser un episodio decisivo, hay que explicar immediatamente la naturaleza de la cláusula impuesta por el señor Ferrand y contra la cual se revolvía el joven. La insistencia del uno y la rebelión del otro se referían á un punto que no hubiera sido objeto de cuestión hace algunos años entre personas de condiciones tan semejantes y llamadas verosimilmente á pensar lo mismo sobre los actos esenciales de la vida de familia. Víctor Ferrand, en efecto, pertenecía, como Monnerón, al mundo universitario, había sido camarada del padre de Juan en la Escuela normal y lo era en Paris, pues ocupaba una de las dos cátedras de filosofiá en el liceo Enrique IV. Pero para los franceses de hoy, como lo ha probado una reciente crisis (1), el vivir juntos, ejercer el mismo oficio, par-

(1) El autor se refiere al asunto Dreyffus. N. del T.

ticipar de las mismas obligaciones y de los mismos placeres, no es ya tener la misma alma. Los franceses no tienen ya costumbres, en el sentido cívico de esta hermosa palabra. Las costumbres no implican solamente un sistema de hábitos comunes, sino que exigen una conformidad entre los corazones y entre las inteligencias. Los dos profesores habían partido de los dos puntos más opuestos del mundo social para llegar, bajo una etiqueta oficialmente idéntica, à la oposicion más radical de sentimientos y de ideas. El uno, José Monnerón, hijo de un labrador de Quintenas, en la Ardeche, había hecho sus estudios en el liceo de Tournón y despues en el de Lyón, hasta ser recibido en la calle de Ulm. Llegado, gracias à los concursos, à cierta posición en el profesorado, su carrera ofrecía el tipo cumplido que preconizan las doctrinas de nuestra democracia. El hijo del labrador se había hecho á fuerza de puños un funcionario importante que no debía nada más que á sí mismo y al Estado. Monnerón tenía, por otra parte, á mucho orgullo su origen y un agradecimiento fanático al orden de cosas que había hecho de él un burgués en unos cuantos años de obstinada labor. Era un ejemplar absoluto del jacobino en esta fecha de 1900, ó sea del jacobino simplemente, pues para cualquiera que no se deje engañar por las diferencias de fraseología, es sorprendente la identidad de espíritu entre los sofistas sangrientos del 93 y sus sucesores, más benignos y acaso más peligrosos. La continuación de este relato mostrará en detalle la naturaleza de las teorías revolucionarias de Monnerón, su relación con la historia de su vida y su influencia en la familia. Digamos solamente, para que se comprenda la crisis que atravesaba su hijo, que el catedrático radical y librepensador había educado á sus hijos

fuera de toda especie de religión. « No tengo direcho, decía, de enseñar hipótesis no comprobadas á seres sin defensa contra sus primeras impresiones. El profesor había llevado su sistema hasta el extremo y ninguno de sus hijos había sido bautizado. El señor don Victor Ferrand es muy conocido por su notable libro La tradición y la Ciencia para que sea necesario exponer aquí los principios de ese discipulo de Bonald y de Le Play, que es uno de los jefes más visibles de la filosofía católica en la universidad. Procedente de una familia de propietarios angevinos y bastante rico para no depender de su sueldo, aquel franco cristiano no ha disimulado nunca la integridad de sus convicciones y justo es confesar que la República las ha respetado. ¿Cómo un hombre semejante había podido admitir en su intimidad á un Juan Monnerón? Esta aparente inconsecuencia será comprendida por todos los que han estado cerca de un verdadero profesor como aquel, de uno de esos directores de inteligencias dominados por el gusto y por la pasión del talento joven. Los educadores de raza experimentan emociones de inventores y de artistas al descubrir en un escolar de diez y siete años los primeros síntomas de la superioridad futura. El señor Ferrand pertenecía á era raza y de ahí su amistad con Juan. Antes de ser nombrado para el liceo Henry IV, Ferrand había sido suplente en el de Luis el Grande, donde el joven estaba acabando sus estudios, le había tenido por discípulo y se había interesado por aquella naturaleza distinguida que ciertos desacuerdos íntimos con el medio en que vivía hacían muy patética. En aquella época acababa de morir la mujer del profesor de filosofía y Ferrand, solo con su hija, no había vigilado las relaciones de ésta y aquel discípulo favorito con los prudentes recelos que hubiera tenido una

madre. Acaso también su cariño hacia Juan le había hecho cerrar los ojos ante un sentimiento naciente, del que había visto que Brigida participaba. Otro motivo, justamente el que debía servir de obstáculo á esa unión, se la hacía desear más vivamente. El lector habiá comprendido que se trata de la religión. Aunque el estricto respeto del deber profesional hubiera siempre impedido á Ferrand el transformar su clase en un instrumento de propaganda, sus convicciones católicas eran demasiado conocidas y estaban unidas por lazos demasiado estrechos al conjunto de sus ideas para que algunos discípulos no tuviesen la tentación de interrogarle. El prejuicio, pérfidamente puesto en moda en el siglo diez y ocho, permanece hoy mismo tan vivo; la antinomia entre las creencias y la razón es tan generalmente admitida, que la coexistencia en una gran inteligencia de una alta cultura y de la fe desconcierta como una anomalía paradójica. Juan Mon-/erón en particular tuvo que asombrarse más que nadie al ver una actitud intelectual que contradecía tan violentamente las teorías aceptadas, respiradas más bien, en la atmósfera paterna. Nótese que Ferrand no era tan sólo tradicionalista en religión, sino también en política, y no hablaba de la Revolución más que empleando la fórmula de Le Play sobre « los falsos dogmas del 89 ». La apasionada curiosidad que excitaba en Juan el encuentro de ideas tan diferentes de las suyas, sus atrevidas preguntas, su ardor por forzar las respuestas, toda aquella fiebre comunicativa de una joven conciencia que se investiga á sí misma, habían arrastrado á Ferrand á discusiones que le inspiraron al principio algunos escrúpulos. Después aquellos debates le habían interesado tanto ó más que á su discipulo. Entre aquellos dos pensamientos se había creado una

de eras relaciones casi imposibles de definir porque no tienen término análogo. La inteligencia de cada uno había llegado á ser para el otro un campo de acción casi necesario y sus conversaciones, en apariencia tan abstractas, pues nunca hablaban más que de ideas, tomaron un calor y casi una aspereza de combate. La funesta guerra civil, á que sirvió de pretexto más que de causa un escandaloso asunto judicial, los separó un momento hasta enfadarlos, pero después de un año entero de ausencia y de silencio, Juan volvió sencillamente un día á casa de su maestro y éste le acogió con los brazos abiertos. Mas los dos hombres, desde aquella época, se abstuvieron precisamente de tratar los asuntos que más los apasionaban en otro tiempo. Ferrand, sin embargo, no dejó de examinar à su discipulo con su fina mirada, pues muchos síntomas le demostraban que aquella conciencia seguía estando inquieta y turbada y que en ella se estaba realizando un trabajo de transformación. Durante aquel período fué cuando descubrió un novelesco despertar del amor en el corazón de Juan y en el de su hija, y no hubiera sido, como era, un creyente penetrado de fe á lo José de Maistre en la constante acción de la Providencia en nuestros asuntos privados, si no hubiera visto en esa mutua atracción un medio de que Dios se servía para conquistar un alma, Así, cuando Juan se decidió á hablarle de sus sentimientos por Brigida, el padre estaba persuadido de que ese paso suponía en el joven una evolución definitiva. Pedir la mano de la hija de Ferrand era obligarse á un matrimonio religioso y este matrimonio suponía que Juan se hiciese católico. Después, interrogando al joven, Ferrand había visto con estupor que éste, engañado sin duda por el profundo respeto que su profesor mostraba siempre hacia la sin-

ceridad de las convicciones contrarias à las suvas. había alimentado la ilusión de un enlace celebrado en la iglesia, pero, á modo de los matrimonios mixtos. sin verse obligado á adoptar la religión de la esposa. El filósofo no era hombre de contentarse con semejante compromiso, más difícil que cualquiera otro de hacer aceptar por Roma sin motivos imperiosos, que no existían en aquel caso. Ferrand no había visto en esto más que la prueba de un defecto muchas veces observado en su discípulo : la incertidumbre. Y había, respondido al enamorado de Brígida que no daría su hija más que à un católico declarado. Su sorpresa fué mayor aún cuando vió en Monnerón un real movimiento de espanto al solo pensamiento de un acto tan grave y tan influvente en las profundidades de su conciencia. ¡Le había creído tan preparado y tan próximo á una adhesión definitiva á lo que él creía la verdad, y le encontraba tan perplejo y tan vacilante!... El joven había pedido ocho dias para reflexionar v el padre se los había concedido. Aquel 1º de noviembre era el último

Conocemos ahora el secreto de la profunda angustia que dominaba á Juan en aquella fría mañana y en aquel banco solitario del jardín del Luxemburgo. Aunque estuviese hacía algún tiempo atraído hacia las ideas de su antiguo maestro á consecuencia de toda una evolucion interior, y acaso más de lo que él mismo suponía, el paso le parecía tan definitivo y tan solemne... Aquel bautismo á los veinticuatro años era una ruptura tan grande con todo su pasado y con el medio en que vivía... Veía tales conflictos y uno, sobre todo, de tal naturaleza... Y, por otra parte, las razones que le acercaban á las creencias del señor Ferrand dejaban en él tanto campo á la duda... En una palabra, le había sido impo-

12

sible decidirse en el sentido hacia el cual le impulsaba su corazón. Su mismo amor había sido un obstáculo más, pues Juan se había preguntado si el atractivo que ejercian sobre él las ideas del padre de Brigida no tenía nor causa, sin que él mismo se diera cuenta, el sentimiento que le inspiraba la hija. La probidad intelectual tiene sus enfermedades de escrúpulos, como la otra. Resuelto á retirar su petición por no aceptar una clausula á la que no podía someterse en conciencia, su violento dolor aumentaba todavía la energía de esa resolución. La idea del esfuerzo se asocia fácilmente á la del mérito en las almas delicadas, siempre dispuestas á reprocharse lo que les agrada y á estimarse por lo que les cuesta trabajo. ¡Y cuánto le costaba á Juan renunciar para siempre á la amiga cuya gracia iba á irradiar dentro de un momento en aquella decoración de otoño y de tristeza si sus cálculos eran exactos!

Y lo eran. Los enamorados tienen á su servicio un don de adivinación casi infalible que se parece á las visiones del genio. El principio es idéntico, pues consiste en las facultades de lógica llevadas á un grado superior por la observación aguda y la idea fija. Brígida Ferrand se aproximaba, en efecto, en aquel momento al rincón del jardín en que Juan la estaba esperando. Si la magia de intuición que había decidido al joven á apostarse al lado de aquella puerta se hubiese exaltado hasta la doble vista; si hubiera podido traspasar con los ojos de la carne la manzana de casas que se levantaba delante de él, hubiera visto á la que amaba siguiendo con su padre la acera de la calle de Notre-Dame-des-Champs. Ambos venían de acompañar á la señora de Fortier, la hermana casada, y se preparaban á doblar la esquina de la calle Bara, que desemboca precisamente enfrente de donde estaba Juan. Y acaso su energia no hubiera resistido un minuto si hubiera podido, no sólo verla, sino oirla hablar de él con su padre. Juan sabía bien, aunque nunca había dicho á Brígida sus sentimientos, que la joven los había adivinado, y creía saber, á pesar de su reserva, que no le desagradaba. No se había atrevido á imaginar la verdad, que Brígida le amaba tanto como él á ella, y, sobre todo, ignoraba que el señor Ferrand fuese el confidente de ese amor y que no hubiese ocultado á su hija ni la petición de Juan ni su propia respuesta. Aquella entera sinceridad del padre con la hija tenía peligros muy evidentes y dependía de la naturaleza un poco excepcional de las relaciones que los unían. Brígida Ferrand era de la descendencia de Antígone, de aquella « hija del anciano ciego» la más pura creación del genio antiguo, que une á la feminidad de la abnegación un vigor de inteligencia casi masculino, tan tierno para sentar en los olivares de Colona al infortunado que va guiando, y tan atrevida, para afirmar ante un juez inicuo la existencia de « esas leyes no escritas, inmutables, que nadie sabe de dónde han nacido ». Encargada á los quince años de reemplazar á su madre en el hogar de un padre al que quería tanto como admiraba, Brígida había querido convertirse para aquel hombre superior, más que en una mujer de su casa, en una compañera de pensamiento, muy humilde y muy modesta, pero que le ayudase sin embargo á soportar la soledad de la viudez. El sistema había empezado por pequeños servicios, como los de copiar los manuscritos del filósofo, transcribir para él notas y apuntes, leerle por las noches en alta voz artículos de revista cuyos títulos tomaban en los labios de aquella joven raros aspectos de paradoja. La herencia, ayudada por el cariño, le habían hecho com-

BIRLIOTECA UNIVERSITARIA

BIRLIOTECA UNIVERSITARIA

LESS HONTERREY, MEXICO

prender las ideas del profesor y participar de ellas. Ese gusto profundo y esa comprensión de las cosas de inteligencia eran también las que le habían hecho interesarse por Juan. Aunque su instinto de mujer le hiciese evitar cuidadosamente todo aspecto de marisabidilla, y aun teniendo, por reacción, un tanto de coquetería en su atavío, su cara traducía aquel exceso ó, más bien, aquella anomalía de cultura. La expresión de su semblante indicaba más edad que sus facciones. Con líneas de una regularidad casi clásica, era menos bonita que bella. Al rededor de su hoca, tan joven sin embargo, y en la mirada de sus pupilas, con ser tan azules. flotaba un no sé qué de grave y de sereno. Era bastante alta, con una cabeza algo pequeña, de forma oval v coronada por admirables cabellos rubios. Su cutis, transparente y muy claro, palideciá ó se enrojecía á la menor emoción de un modo que revelaba en aquella niña. precozmente iniciada en las teorías más abstrusas de la psicología y de la metafísica, la más viva y espontánea sensibilidad. Esos dos lados de su naturaleza, demasiado reflexiva y demasiado emocionable al mismo tiempo, se encontraban en la conversación que tenía con su padre aquella mañana y que había comenzado en el umbral mismo de su hermana mayor. No bien se despidieron de ella, que no conocía hasta entonces sus asuntos, Brigida preguntó:

— ¿Está usted contento de mí, papá?... Como se ve, el tradicionalista participaba, sobre la cuestion del tuteo, de la opinión de su maestro Bonald, el cual ha escrito, con su austera ironía: « No sólo se tutea al padre y á la madre, sino que esta costumbre es cómoda para toda la casa, pues dispensa á los padres de autoridad y á los hijos de respeto... » Este pequeño detalle dará el matiz del carácter y del modo de ser de Ferrand,

cuya amabilidad procedía de una cortés pero soberana dignidad. Sí, insistió la joven, le había á usted prometido hace ocho días no hablarle más de Juan Monnerón y estarme tranquila. Estar es la primera vez en esta semana que he pronunciado su nombre, he estado tranquila por completo y sigo estándolo hoy por la mañana. Acabo de pedir á mi madre que interceda allá arriba para que las cosas pasen como yo deseo... Es como si ella me lo hubiese prometido... ¡Ah! padre mío, cómo compadezco á los que no tienen fe... ¿Cómo viven con sus muertos? Y no vivir con sus muertos es como no tener familia. Cuando pienso que el no ha conocido hasta ahora las profundas algrías que dan las prácticas religiosas, estoy por tenerle lástima...

Á medida que Brígida hablaba, mostrando al desnudo sus esperanzas y su amor, podía ver contraerse con un pliegue de preocupación la frente y la boca de su padre. Ferrand era un hombre de cincuenta y tres años, robusto y con una palidez en la cara ocasionada por su existencia demasiado sedentaria y que contrastabafuertemente con la negrura del cabello y de la barba, en la que empezaban á destacarse algunos hilos de plata. En su fisonomía un poco gruesa, pero de finas facciones, se veía la potencia y la sutilidad. El conjunto recordaba vagamente el célebre retrato de los Oficios, que pasa por representar á Leonardo. Su expresión era tan noble que hacía olvidar una imperfección que hubiera desfigurado otra cara cualquiera; una conmoción infantil le había desviado el ojo derecho. Aquella mirada bizca concordaba con su fisonomía abstraída del mundo exterior, como vuelta hacia adentro é iluminada por la serenidad ardiente de las convicciones profundas. El acento de su hija, más que sus palabras, acababa de probarle una vez más que no había estado bastante prudente y que hubiera sido mejor no anunciarle el paso dado por Juan antes de tener su respuesta sobre el punto todavía en suspenso. Para Brígida era indudable que esa respuesta no ofrecia duda, pero Ferrand, en cambio, se daba cuenta de que si el enamorado no había acortado por sí mismo el plazo de los ocho días era porque estaba sumido en una vacilación cada vez mayor. El profesor presentía ya la resolución definitiva de Juan, de la que él tampoco dudaba al principio, y temía la impresión que podía producir en su hija.

- Mi pobre Brigida, le dijo, pretendes que estás tranquila y acabas de hablarme con una exaltación que me daría miedo si no supiera que eres animosa cuando hace falta. Según tú, la respuesta que hoy esperamos será ciertamente como queremos que sea. ¿ Y si fuera, no obstante, lo contrario? ¿Y si, en el último momento, las ideas que han impedido á Juan aceptar. desde luego la condición que le hemos puesto fueran las que vencieran...? Yo también, continuó, creo en una misteriosa influencia de los muertos sobre los vivos y que ellos y nosotros podemos hacernos mucho bien. Ese es el sentido de la fiesta de hoy y de la comunión de los santos. Pero creo también que la decisión suprema de una voluntad depende de ella sola. No te he ocultado que en las circunstancias que han traído las cosas al punto en que están he creido ver un designio oculto, una invitación de Díos á esta alma... ? Acudirá el alma á la llama da? Esto es lo que ni tú ni vo podemos saber, hija mía.

— Usted teme mi pena si sufriese un desangaño, padre mío, dijo Brígida con una sonrisa conmovida y confiada, pero puedo sufrirle. Usted mismo me ha dicho que la incredulidad de Juan no era más que ignorancia y le ha aplicado con frecuncia, delante de mí, aquella hermosa frase del cardenal Newman: « Yo nunca he pecado contra la luz. » Juan sabe ahora, después de haber discutido tanto con usted. Todas sus objeciones han sido disipadas y usted le ha comunicado todas sus reflexiones. Le ha probado usted la religión; ¿cómo no ha de creer en ella?...

— La religión no se prueba, replicó el filósofo; te lo he dicho también con frecuencia. Se dan razones para creer, lo que no es lo mismo. Una conversión no es una obra enteramente intelectual, pues entonces todo el mundo creería ó no creería nadie. Se cree con todo el ser; con la inteligencia, ciertamente, pero también con el corazón y con la voluntad. Hay personas á quienes no gusta creer, que no quieren creer, y que llegan á obscurecer hasta convertir en completas tinieblas lo que para ti y para mí es evidencia y luz. Cuando Juan era mi discípulo, vi más de una vez abrirse su inteligencia hacia la fe y ser detenida en ese impulso por la voluntad ¿ Quién sabe si sucede hoy lo mismo?

 Pero, dijo la jóven, su paso al pedir mi mano fué sincero, y si quiere casarse conmigo - y subrayó la palabra al pronunciarla - debe querer todo lo puede ayudarle, como no fuera algún acto contra la conciencia...

— ¿ Y si piensa estar en ese caso? respondió Ferrand, y al ver un gesto de asombro de su hija, añadió: ¿ Olvidas que entre él y nosotros está su padre?... Compréndeme bien. Sé perfectamente que el padre no le négará su consentimiento. De no ser así, no hubiera yo dejado á Juan que formulase siquiera su petición. Conozco á mi antiguo compañero y sé que para él es punto de honor el dejar á sus hijos absoluta-

mente libres. No ha querido hacerlos bautizar para que eligiesen siendo mayores con entera independencia. Cree sinceramente que nunca ha influído sobre ellos, lo que no impide que el día en que Juan vaya á decirle: « Me caso en la iglesia y soy católico » la noticia sea para él una quiebra, una bancarrota de la educación moral que ha dado á su hijo. No hay verdadera neutralidad en ciertos puntos. Monnerón se cree tolerante y es un fanático á la inversa. La religión es para él el peso muerto del pasado, un legado de superstición de una humanidad inferior, á la que odia tanto como ama á todo lo que él cree progreso y razón. Al ver á Juan volver á aquellos errores, su padre sufrirá cruelmente y Juan lo sabe. Tú, que hablas de conciencia, ahí tienes el obstáculo que puede turbar la suya.

— Me había usted dicho, repuso la joven después de un silencio, que el señor Monnerón padre no era religíoso. Pero no se trata aquí de indiferencia, sino de odio...; Es posible? ¡ Él, un hombre tan honrado!...

— Lo es, en efecto, por muchos conceptos. Y, sin embargo, tienes razón, no es con las partes elevadas de su ser con las que siente así. Su excusa es que no se da cuenta de los móviles á que obedece su odio. Es uno de los puntos en que su familia está enferma en él, y la Francia enferma en su familia. Sigue la ilación y tú, que conoces tan bien mis ideas sobre el principio de continuidad, que es lo que la iglesia llama reversibilidad, encontrarás en este caso una confirmación muy significativa. La familia Monnerón ha cometido la primera falta en el abuelo, que era un simple labrador. Tenía un hijo muy inteligente y quiso hacer de él un burgués. ¿Por qué? Por orgullo. Aquel día despreció su casta y encontró un cómplice en el Estado tal como le ha hecho la revolución. Todas esas leyes bajo las

que vivimos hace cien años y cuyo espíritu es nivelar las clases, igualar para todas el punto de partida, facilitar al individuo los ascensos inmediatos fuera de la familia, no son leyes sanas y generosas, sino leyes de orgullo. ¿A que sentimiento han obedecido los Monnerón en el colegio? Al orgullo.; A cuál en sus exámenes? Al orgullo. Por eso no ha créido y ha pensado en contra de nuestra tradición religiosa, creyendo que obedecía á la razón. Es el verdadero representante de una época cuya aberración consiste en querer que cada generación vuelva á empezar la sociedad. Su falta de religión es como su radicalismo, y la prueba es que no vive con sus muertos, como tú decías hace un instante. Su pensamiento y su voluntad van contra su raza en vez de ser su prolongación. Pero está escrito que no se pedirá á cada cual sino lo que ha recibido. Por esto, Monnerón es un hombre honrado con las ideas de un sectario y por esto la conversión de su hijo, si se realiza, le conmoverá como una apostasia...

— ¿ Admite usted, sin embargo, que esa conversión es una necesidad para el alma de Juan? ¿ Cómo explica usted entonces que el hijo de tal padre tenga esa nostalgia de Dios? Es su frase de usted... Usted la emplió no hace ocho días en nuestra gran conversación...

— En esto, hija mía, tocas á un gran misterio. Es un hecho indiscutible que hay un atavismo moral, como hay un atavismo físico, una herencia de las ideas y de las sentimientos de nuestros abuelos. ¿ Por qué esa herencia se manifiesta en un individuo y no en otro? El problema no es más soluble que el de la desigualdad de los talentos, ó sencillamente de la salud, entre hermanos nacidos de los mismos padres y en condi-

ciones idénticas. Lo que hay de cierto es que Juan Monnerón está trabajado hace años por ese atavismo que nunca atormentó á su padre. La buena raza de labradores de que procede se subleva en él y á pesar suvo, contra el error paterno. Ese hijo de jacobino tiene continuas vueltas hacia la vieja Francia. Quisiera amar á la nueva y todo le separa de ella. Ese hijo de un incrédulo se ahoga en su negación. Ha nacido de un funcionario y de un desarraigado y no sueña, cuando se abandona á sus gustos, más que con una familia establecida, con costumbres locales y tradicionales. con un medio apegado á la tierra. Esa lucha secreta dura en él desde que le conozco y fué la causa de que me interesara por él durante su año de filosofía. No he conocido nunca un joven cuyo malestar demostrase más completaminte qué mortiferos son para un espíritu recto y para un corazón puro los sofismas del mundo revolucionario... Después te amó y vi crecer ese sentimiento, así como observé que tú también participabas de él, y me pareció que la dicha de ambos podía estar ahí. Hoy me pregunto si me habré engañado, puesto que la lucha interior de que Juan era víctima á los diez y ocho años continúa á los veinticinco á pesar de ese amor...

— No, padre mío, respondió Brígida tocando con la mano el brazo de Ferrand; la lucha no continúa y la dicha está ahí... Y añadió, indicando al joven con un gracioso movimiento de cabeza; también él esta ahí... Acababa de ver á Monnerón, et cual á su vez la había conocido y levantádose de su banco con esa torpeza, tan commovedora para una mujer que ama, de un hombre que espera hace mucho tiempo y que quiere aparentar que está allí por casualidad. Aunque las preocupaciones del señor Ferrand fuesen muy grandes

y el profesor considerase muy importante la conversación cuya inminencia anunciaba la presencia de su antiguo discípulo, no pudo menos, él tampoco, de sentirse enternecido por aquella cortedad del enamorado. En la atmósfera de tensión intelectual en que vivía y en que hacía, por contagio, vivir á su hija, aquella niñería de Juan, sorprendido en su espera y excusándose con frases torpes, era un soplo de juventud y de espontaneidad. Aquellas explicaciones, balbuceadas al acercarse á Ferrand y á su hija, denotaban un embarazo tan cándido, que el padre sonrió y dijo en tono de inocente broma:

— ¿ No va usted á ninguna parte?... Pues mejor... Va usted á acompañarnos á casa.